

En un gran número de ocasiones, las últimas grabaciones de un músico -los cantantes también lo son- se convierten por esa circunstancia singular en una suerte de testamento vital que suele condensar lo que el artista fue a oídos de quien participa de la experiencia. Es cierto que la información que ofrecen esas tomas no siempre hacen justicia a la talla del artista, pero el simple testimonio en forma de canto de cisne justifican el interés, a menudo desmesurado, por el fenómeno.

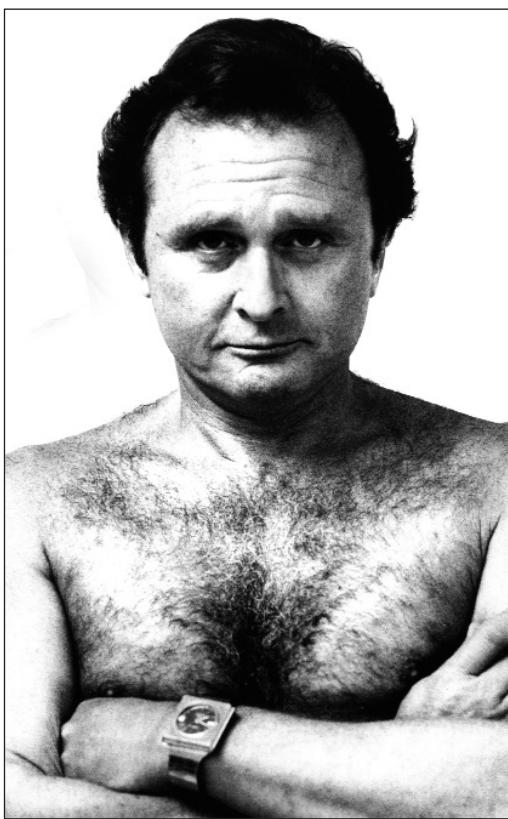
Paraíso con puerto franco

Stan Getz • Kenny Barron: People Time: The Complete Recordings

En tales circunstancias, toman un valor añadido lo que podrían ser las *últimas palabras* del personaje. Así ocurrió con Bill Evans con sus registros finales en directo en el Keystone Korner de San Francisco en septiembre de 1980, por poner un ejemplo muy cercano a la poética y altura de Stan Getz. La muerte, ese accidente al que todos estamos abocados, potencia hasta elevar a tamaño de leyenda los gestos que en otro tiempo no hubieran pasado de insustanciales y reconoce como extraordinarios gestos casuales y cotidianos que se subliman, precisamente por la constatación de finitud que se les otorga.

Stan Getz no pudo ver el verano de 1991. Sentía con una certeza casi animal, instintiva, que sus días no iban a alargarse mucho más de lo que ya lo habían hecho, a pesar de tratarse el cáncer que padecía con tratamientos alternativos, que incluían comida macrobiótica y otras tantas hierbas, desde que le fuera diagnosticada la enfermedad hacia 1987. El

CAROL FRIEDMAN



Stan Getz.

Café Montmartre de Copenhague fue testigo de todo ello a tres meses de la muerte del saxofonista, a quien Zoot Sims llamó con un famoso epigrama “una buena peña de tipos”, recordando así la desequilibrante inconstancia emocional de Getz (en la carpetilla que acompaña al cofre que ahora se comenta, Gary Giddins pone a Bela Lugosi y Cary Grant como extremos de disparidad en la personalidad de nuestro músico).

Un mes antes, Getz había acabado la grabación como sideman del *You Gotta Pay the Band* de Abbey Lincoln. Kenny Barron, pianista del cuarteto de Getz que también contaba con Rufus Reid y Victor Lewis, solía quedarse a solas en el escenario junto a su líder durante la gira para acometer juntos la empresa de poner en pie la pieza de Benny Carter *People Time*, grabada por ellos en 1989). Fue en Nueva York, durante las sesiones para Abbey Lincoln, cuando Getz y Barron dieron forma al proyecto de trasladar la atmósfera que lograban en su particular mano a mano a varias



Kenny Barron y Stan Getz en su actuación de 1991 en el Café Montmartre de Copenhague.



Stan Getz • Kenny Barron

People Time:

The Complete Recordings

EmArcy 00753.21606-2 (7 CDs)

Stan Getz (st), Kenny Barron (p).

Café Montmartre (Copenhague),

3 al 6 de marzo de 1991



salas de conciertos, así como fijar en una grabación aquel encuentro que ya entonces se vislumbraba fascinante. En A&M, Herp Albert mantenía el escaso gusto que siempre le caracterizó, y no alojó el proyecto en su discográfica, aunque no puso pegas cuando Getz trasladó sus intenciones a Jean-Phillipe Allard, quien a su vez propuso a Getz y a Barron que regresaran al Café Montmartre para grabar allí -como ya había hecho en 1987 con el cuarteto- y convertirlos en leyenda, aunque esto último todavía no lo sabía.

People Time recoge los catorce temas de la edición póstuma de 1992 y lo amplía hasta la cincuentena, divididos en los *sets* de cada una de las noches, del 3 al 6 de marzo. Se trata de uno de esos discos que cualquiera ser llevaría a una isla desierta (con generadores eléctricos, por favor), aunque si el *pack* sufriera algún tipo de inclemencia durante el trayecto, desearía que quedasen a salvo el segundo *set* del día 5 y el *set* final del 6: ahí se condensa el flujo

CAROL FRIEDMAN



Kenny Barron.

emocional y la maestría de ambos artistas. A esas alturas de la vida ya se sabían dotados por los dioses con una creatividad en altísimo grado, y la pareja se encontraba en un estado de forma escasamente inalcanzable por los más osados, a pesar incluso del estado de desfallecimiento que causaban los solos de saxo a Getz. A mucho apurar, los treinta minutos de las tres lecturas del *Firs Song* de Charlie Haden (el bajista también estuvo presente en aquel disco ya recordado de la Lincoln) distribuidas a lo largo de la caja son de una excelencia que sobrecoge, y pueden convertirse en la epítome del arte de lo conseguido por la pareja Getz-Barron. Del cool al jazz-samba, de *Focus* a *People Time*, lo que el saxofonista ofreció al mundo se convierte para muchos en verdadera comida macrobiótica, en alimento para el alma, en un billete abierto al paraíso. Barron era, junto a Hank Jones y Tommy Flanagan, la mejor baza de Getz para enfrentarse a dúo con aquel repertorio inmarcesible.